

La literatura catalana: del siglo IX a nuestros días
por Jordi Arbonès

Antes de empezar a hablar de la literatura catalana, entiendo que es preciso aclarar dos cosas: qué es Cataluña, o lo que nosotros conocemos como Països Catalans (Países Catalanes), y qué es la lengua catalana. Lo considero necesario debido a la situación anormal que impera en nuestro país desde hace siglos. Lo que resultaría obvio, si nos ocupáramos de alguna otra literatura europea, en nuestro caso requiere cierto tipo de aclaraciones.

En la geografía política actual, la mayor parte de la Península Ibérica se halla incluida en el Estado de un «país» llamado España. Dicho nombre es una traducción del de Hispania, que antiguamente comprendía todo el conjunto peninsular del que ahora queda excluido Portugal. Esta estructura política encubre distintas variedades étnicas y culturales que, al no haber sido respectadas modernamente en sus características diferenciales, por parte de la superestructura estatal, se han resistido a desaparecer diluidas en una unidad artificial y aniquiladora de sus identidades, en los diferentes intentos realizados por Castilla (como sinónimo de España), a lo largo de los años. Estas variedades étnicas y culturales de larga historia conforman un mosaico de naciones, como lo es Portugal, con la diferencia de no estar constituidas, como en este caso, en Estado.

Cataluña es pues una nación, actualmente integrada bajo el actual Estado español, que está situada al este de la península Ibérica. El idioma catalán es la lengua que hablan los habitantes del territorio que comprende: el antiguo Principado de Cataluña, una franja que actualmente pertenece a Aragón, la mayor parte del antiguo reino de Valencia, las Islas Baleares, la pequeña

república de Andorra, la antigua provincia francesa del Rosellón, hoy Departamento de los Pirineos Orientales, y en la ciudad de Alguero en la isla de Cerdeña. La extensión total del territorio donde se habla el catalán conforma lo que se conoce como Gran Catalunya o Països Catalans, y tiene unos 70.000 kilómetros cuadrados, con una población que supera los siete millones de habitantes.

Para dar una idea de lo que esas cifras representan, debemos señalar que el área geográfica es más extensa que la de cinco estados europeos (Dinamarca, Suiza, Holanda, Bélgica y Albania) y más poblada que siete (Suiza, Finlandia, Dinamarca, Eire, Noruega, Albania e Islandia). Dentro de este territorio casi toda la población habla catalán como lengua habitual. Sin embargo, desde hace más de 250 años, el idioma oficial lo ha sido el castellano, con excepción del Rosellón, donde lo es el francés, de Alguero, donde lo es el italiano, y de Andorra, donde el idioma oficial es únicamente el catalán. Desde la aprobación del nuevo Estatuto de Autonomía, en 1979, el catalán es co-oficial junto con el castellano. En Cataluña, el castellano lo hablan las personas educadas con un marcado acento, otras lo utilizan con dificultad y a menudo en forma incorrecta. Actualmente, la convivencia de ambas lenguas produce el efecto de que, tanto una como la otra, se barbaricen. Sin embargo, a pesar de la persecución sistemática de que ha sido objeto la lengua catalana, principalmente en los años del gobierno franquista, el catalán ha continuado siendo el idioma de la cultura.

La lengua catalana surge del tronco común a todas las lenguas consideradas y conocidas como lenguas romances, románicas o neolatinas: el latín, y adquiere sus características particulares al acrisolarse con los substratos lingüísticos de las localidades donde se produce la gestación. El cambio del latín al catalán fue lento y gradual, casi imperceptible, por lo que resulta imposible

precisar la fecha en que empieza la historia de la lengua catalana. Un filólogo y lingüista tan notable como Joan Corominas nos dice que los cambios más radicales se produjeron, sin duda, en los siglos VII y VIII. En los textos en latín del siglo IX, y más aún en aquellos de los siglos X y XI, la aparición de palabras e incluso frases enteras es muy frecuente, y a partir del 1150 son numerosos los textos escritos íntegramente en catalán.

Si bien hoy en día prácticamente ya nadie discute que el catalán sea un idioma, puesto que hasta el Estado español le ha reconocido el rango de idioma oficial, todavía hay personas que, en su crasa ignorancia, se refieren a él diciendo que es un dialecto. Simplemente, me limitaré a consignar aquí los nombres de filólogos y lingüistas de distintos países que se han ocupado del estudio de la lengua catalana y cuyas obras son fehaciente testimonio de lo dicho en cuanto a la cualidad de idioma del catalán: los franceses Morel Fatio, Paul Meyer y Sarrailh; los italianos Guarnerio, Todesco y Giannini; los alemanes y austriacos Leo Spitzel, Mussafia, Vogel, Schädel y Krüger; el noruego Rokseth; el finlandés Tuulio Tallgren; el checo Slaby; el suizo Günther Haensch; los británicos Allison Peers, Entwistle, Arthur Thierry y Russell-Gebbett; los norteamericanos Critchlow, Frost, Heaton, etc. etc. Y cabe señalar que las principales universidades europeas y norteamericanas, tienen cátedras o departamentos de lengua y literatura catalanas, lo cual no sucede en los países de América Latina, debido a la acción que ha ejercido el Estado español a lo largo de la Historia sobre los gobiernos de éstos.

Debido a la forma en que estaba constituida la sociedad en los siglos IX y XII, se destacaban dos categorías bien definidas: la formada por el clero letrado, que monopolizaba la enseñanza y la cultura, y la integrada por los legos iletrados, en la que

igual tenemos que incluir a la población más rústica que a los guerreros nobles y a los ciudadanos ricos. Así, tenemos por una parte una producción literaria en lengua latina en el ámbito eclesiástico, y por otra, la literatura popular que se transmite oralmente, por cuyo motivo resulta imposible la fijación de fechas en sus orígenes.

A pesar de la distancia que mediaba entre clérigos y legos, tenían un nexo que los acercaba: la religión. A medida que las diferencias entre la lengua culta y la lengua vulgar se acrecentaban, los predicadores tuvieron que dirigirse al pueblo utilizando la lengua que éste podía entender. Por ese motivo, fue necesario traducir los himnos religiosos, glosarlos o componer himnos nuevos. Y posiblemente el predicador, a fin de poder expresarse mejor, preparó el sermón por escrito, dando así nacimiento a la literatura escrita en lengua vulgar.

Este proceso deberíamos situarlo a principios del siglo IX. El concilio Remense del año 813 ordena a los obispos la prédica en lengua vulgar, y el concilio Turonense del mismo año, la traducción de las homilías. Esta disposición, aceptada por el concilio Maguntino del año 847, fue la causa remota del primer texto catalán que se conoce: las *Homilies d'Organyà*.

A principios del siglo XII, se inicia un período en que las guerras con el extranjero se atenúan, se afirma la estabilidad de la organización feudal, se incrementa la comunicación de unas tierras con otras, y las casas más antiguas aumentan su riqueza y poder, dando paso, así, a una clase que tratará de distinguirse de las otras. De esta forma se alza otra barrera, similar a la que separaba a los clérigos de los legos, entre los cortesanos y los villanos. En este intento por formar una aristocracia de gustos refinados, la mujer desempeña un papel predominante. El lujo, la afectación, la galantería son introducidos y fomentados

por ella. Como dice Paris: «ennobleciendo y amansando a los caballeros, crea la caballería».

Los juglares, que antes acompañaban a las huestes guerreras y las enardecían cantando gestas gloriosas antes de empezar la lucha, ahora llevan una vida sedentaria como la del señor. El público ha cambiado. Los soldados han sido sustituidos por las damas, y el campo de batalla, por los salones del castillo. El nuevo medio reclama una nueva poesía, una poesía que se distinga del pueblo. En lugar de cantar los sentimientos aguerridos del honor y la lealtad, tienen que narrar magníficas aventuras amorosas, poniendo énfasis especial al hablar de la mujer. De esta manera, la canción popular amorosa, uno de los primeros géneros en que se manifestaron las lenguas modernas, se ennoblece. La letra y la música se perpetúan por escrito, y así nace la escuela de los trovadores.

Como sea que los trovadores catalanes se formaban en la escuela provenzal, la poesía catalana tuvo que luchar para poder expresarse en una lengua que no fuera distinta de la lengua hablada. Hasta fines del siglo XIII, la poesía catalana se produce en lengua provenzal con muchos catalanismos injertados; después, en un lenguaje híbrido, mezcla de catalán y provenzal, y, en el siglo XV, se libera de las últimas formas provenzales que arrastraba. Este hecho no es exclusivo de la poesía catalana. La española fue también bilingüe, dependiendo de la galaicoportuguesa. La literatura italiana nace trilingüe: la Italia del norte se nutre, como Cataluña, de la escuela provenzal; en prosa se manifiesta en francés y se ha dicho que Dante Alighieri dudó en escribir la *Divina Commedia* en toscano o en provenzal. En Inglaterra, durante muchos siglos, la lengua literaria y de la corte fue el francés normando introducido por las huestes de Guillermo I, hacia el año 1066.

De la primera época de la poesía catalana, que comprende un período que abarcaría del año 813 al 1150, no se conserva prácticamente nada, si bien cabe citar un nombre, el de Ot de Montcada, quien en 1048 escribía canciones en catalán, lo cual situaría a nuestra poesía con una ventaja en el tiempo sobre la castellana, puesto que Ramón Menéndez Pidal coloca el poema del Mio Cid en el año 1140.

Con el cultivo de otros géneros literarios se produce la integración social y geográfica. Todas las capas sociales hacen su aporte a la nueva literatura: nobles como Guerau de Cabrera; ciudadanos como Bernat Metge y Jaume Roig; militares como Ramon Muntaner y Jordi de Sant Jordi; clérigos como Guillem Nicolau y Roís de Corella; científicos como Arnau de Vilanova, Ses Planes y Tresvents; monjes como los anónimos de los monasterios de Ripoll y Sant Cugat; frailes como Eiximenis, Canals y Vicens Ferrer, etc. Son pocas las literaturas que puedan ofrecer un número tan alto de burgueses literatos y ninguna presenta tantos nombres de la realeza como la literatura catalana. Fueron poetas Alfonso I, Pedro I, Pedro II y Juan I; cronista, Jaime I; cronista, poeta y orador, Pedro III; poetas y oradores, Jaime II y Martín el Humano, etc.

En el orden geográfico, la integración trae como resultado aportes muy desiguales, según las regiones, debido a circunstancias culturales y económicas. El mayor aporte corresponde al núcleo nacional, a la antigua marca Hispánica, en el Principado; a Mallorca, en las islas, y a la capital en el reino de Valencia. Es característico el desplazamiento de norte a sud. Se inicia en el Rosellón, con el trovador Berenguer de Palol; sigue por los condados del Pirineo, con los demás trovadores y las *Homilies d'Organyà*, hasta el Pla de Barcelona; después salta a Mallorca y, finalmente, florece, aunque muy efímeramente, en las tierras valencianas. Algo aporta Cerdeña,

pero más bien tarde y de importancia escasa. El Principado se caracteriza por el cultivo de la poesía de los trovadores y la prosa histórica; Mallorca produce obras filosóficas, sabias, astrológicas y proféticas, y pertenecen a Valencia los grandes poetas y las mejores traducciones clásicas. Los demás géneros merecen una atención parecida en todas las regiones catalanas.

Al período más fructífero de la literatura catalana, siguió otro período de expansión. Por una parte, cabe señalar la propagación de las ideas efectuada de una manera personal principalmente por dos de las figuras más europeas de la época: Ramon Llull y Arnau de Vilanova. La actividad del primero es prodigiosa, y personalmente expuso y defendió sus ideales, siempre tratando de convertir a los heterodoxos, en las cortes de Cataluña, Mallorca, Sicilia, Nápoles, Chipre, Armentia, Francia y Roma, en las casas señoriales de Génova y Venecia, en las universidades de París y Montpellier, en el concilio de Viena.

También es digno de citarse fray Vicens Ferrer, que a principios del siglo XV llevó sus prédicas en lengua catalana por tierras de Castilla, Provenza, Italia, Ginebra, Francia y Bretaña.

Del conocimiento y estima que se tenía fuera de Cataluña de la literatura catalana resultan ser una prueba fehaciente las múltiples traducciones que se hicieron a distintas lenguas de las obras más importantes. Existen versiones de las obras de Ramon Llull en francés de los siglos XIV y XV, en castellano de la misma época y también a esas lenguas fueron traducidas obras de Eiximenis, de Roís de Corella, etc.

Las crónicas han sido traducidas en todas las épocas. La de Jaime I fue vertida al latín por fray Marsili en 1313, al dialecto aragonés por el maestro Heredia a mediados del siglo XIV, al español por Marià Flotats y Antoni de Bofarull en 1848 y al inglés por John Forster en 1883; la de Bernat Desclot al

español en 1616 y al italiano en 1844; la de Muntaner al español en el siglo XVI y en el año 1860, al francés por M. Buchon, de la cual existen tres ediciones, una fechada en París en 1827, otra en 1840 y la tercera en Orleans en 1875; también se tradujo al alemán en 1842, al italiano en 1844 y al inglés en 1920.

Debemos subrayar la trascendencia e importancia de la obra de Ausias March. Su poesía fue traducida al español en 1539, en 1560 y en 1580, y al latín, en 1633. Influyó de tal manera en escritores castellanos, que algunos, como Garcilaso de la Vega, toman imágenes de su rica poesía; lo imitan Montemayor, Diego Hurtado de Mendoza y Gutierre de Cetina; lo admiran y elogian Fray Luis de León, Herrera, Lope de Vega, Quevedo, etc. En lecturas públicas Ausias March merece la distinción de ser valorado por encima de Dante y de Petrarca.

La literatura catalana hasta fines del siglo XVI, en sus relaciones con Castilla, desempeñó la parte dominante y es curioso notar que muchas obras de origen no catalán llegaron a Castilla en traducciones catalanas, por ejemplo la *Cirurgia* de fray Thierri, el *Llibre de cuina* de Rupert de Nola y hasta clásicos latinos entraron en Castilla a través del catalán, como la *Agricultura* de Pal·ladi; la traducción del Valeri Maxim por Diego de Lombraña del 1433 fue hecha del texto catalán de Antoni Canals del año 1395 y no del original latino. Tan marcada es la preponderancia de la literatura catalana sobre la castellana, que mucho antes de que ningún catalán escribiera en castellano, Enrique de Villena escribió *Los treballs d'Hèrcules* en catalán, en el año 1417. Solamente en la lengua de Cataluña escribieron los aragoneses Martín García, Rodrigo Diez, Manuel Diez y Pedro Navarro, y el navarro Francisco de Mézcua. Y sólo muy adelantado el siglo XVI, un catalán es asimilado por la literatura española: Joan Boscà Almogàver, conocido por «Boscán».

La individualización de la lengua y la literatura catalanas sigue un curso paralelo a la integración política y geográfica, y una de las características principales de la literatura catalana del período medieval es la expresión del sentimiento patriótico. Este hecho se produciría de una manera similar, como veremos luego, durante la «Renaixença», a fines del siglo XIX, y se repite de nuevo en nuestros días. Posiblemente, esta especial circunstancia de la literatura catalana ha hecho posible la pervivencia del sentir nacional de los catalanes y ha servido de prueba irrefutable, a través de todos los tiempos, de la existencia de Cataluña como nación, porque como ha dicho Nicolau d'Olwer: «Donde no existe una literatura nacional, la vida nacional es imperfecta».

Los géneros nacionales por excelencia los constituyen las crónicas y la oratoria política. Durante dos siglos y medio, los catalanes se incrustan en la Historia, llevando a cabo un sinfín de gestas que muy pocos estados de aquella época pueden parangonar. Jaime I, el Conquistador, arrebató el poder de los musulmanes en Mallorca, Valencia y Murcia; Pedro el Grande libera Sicilia del despotismo angevino; los temidos almogávares devastan Anatolia, Macedonia y Tracia y se establecen en Atica y Beocia, y, mientras conquistan Cerdeña y mantienen interminables guerras con Castilla, Génova y Pisa, los catalanes propagan la lengua y se expanden comercialmente por todo el Mediterráneo. Una de las fuentes principales del derecho marítimo internacional, el *Llibre dels costums marítims*, llamado *Llibre de Consolat de Mar*, estaba redactado en catalán, lo que imponía el uso de la lengua catalana a los marineros y mercaderes del Mediterráneo occidental. Hasta qué punto era el catalán una lengua franca en aquella época lo demuestra un vocabulario catalán-alemán cuya primera edición es del 1502, anterior a cualquier diccionario similar en castellano.

Durante cinco siglos, desde Jaime I hasta Felipe V, las Cortes Catalanas, el parlamento europeo con representación democrática más antiguo del mundo, permitieron el desarrollo de la oratoria política catalana --género desconocido en otras literaturas neolatinas-- en la que destacan Jaime II, Pedro III, Martín el Humano y Pau Claris. En el año 1060, aparecía el libro de los «Usatges», o Código de Leyes, promulgados por Ramon Berenguer I, en un momento histórico en que no exista nada parecido. Esta publicación, sin precedentes en aquel entonces, debe considerarse como el primer esfuerzo tendiente a ajustar la inestable sociedad del siglo XI a unos principios jurídicos y morales razonables. En la redacción de dichos «Usatges» se encuentra implícita la base i el espíritu de las futuras Cortes Catalanas, por lo tanto, en Cataluña, ciento cincuenta años antes que el rey Juan de Inglaterra firmara la Carta Magna, ya se disponía de los fundamentos de lo que tenía que ser la primera estructura democrática de Europa. Este sistema democrático, con ligeras i progresivas mejoras, es el que hizo prevalecer al pueblo catalán a lo largo de su historia independiente, dándole su estructura como estado nacional.

El género de imaginación se nutre de este espíritu del quehacer nacional y, caso único en la literatura medieval escrita en cualquier lengua románica, se refleja en la novela de caballería. No resulta difícil descubrir que *Tirant lo Blanc*, con todo su linaje de Rocasalada, en la novela de caballería homónima que en el *Quijote* se salva de ser quemada en el «auto da fe», es una poetización de Roger de Flor con sus almogávares. En *Curial e Güelfa* se cuentan aventuras que recuerdan hechos de la *Crónica* de Bernat Desclot, y todo el libro está impregnado del prestigio legendario de Pedro el Grande. La historia patria influye en otras obras de imaginación, como en el *Somni* de Bernat Metge, en el *Purgatori* de Ramon de Perellós o en el *Espill* de Jaume Roig.

Con el comienzo del siglo XVI se inicia el proceso de decadencia de la literatura catalana. Este proceso se debe a dos causas fundamentales: una literaria y otra política. En el orden literario, por empecinarse en mantener los moldes provenzales, cuando el gusto de la época había evolucionado hacia otras corrientes, y por otra parte, por haberlos roto de una manera brusca, lanzándose a un gongorismo «avant la lettre», con lo cual la producción literaria se hizo cerebral e incomprensible para el pueblo. En el orden político, Cataluña había perdido el control diplomático y militar, por cuanto al morir el rey Martín el Humano sin descendencia directa, se celebró el consejo de Caspe, cuya sentencia fue favorable a Fernando de Antequera, con lo cual Cataluña perdió la dinastía propia y quedó sujeta a otra formada por reyes foráneos que gobernaban desde afuera, que no entendían el idioma, ni sentían simpatía alguna por un pueblo y un sistema que no eran compatibles con el origen divino de sus derechos. Aun cuando conservaba la personalidad estatal, que subsistió hasta el año 1714, le sucedió lo que también se había producido en las literaturas provenzal y galaicoportuguesa por los mismos motivos. En cambio, las literaturas francesa, española e italiana, que se apoyaban en estados poderosos e independientes, florecieron esplendorosamente en la nueva época que se iniciaba: el Renacimiento.

El proceso de decadencia de la literatura catalana se produce a lo largo de más de tres siglos. En un primer período, que se conoce como de desintegración, y que comprende todo el siglo XVI, se reduce la producción, desaparecen por completo ciertos géneros, se debilita el espíritu nacional y la lengua se empobrece. El segundo período, de descomposición, se caracteriza por la castellanización de los hombres de letras, y lo poco que se produce en catalán está escrito en un lenguaje bastardo y, cuando no es vulgar de contenido y de forma, es una mala

imitación de lo peor de la literatura española. Durante este largo período, Cataluña acaba por perder las últimas prerrogativas que todavía la mantenían como estado independiente. En 1659, con el Tratado de los Pirineos, se ve reducida su extensión geográfica al serle cercenados el Rosellón y la mitad de la Cerdaña. El Tratado de Utrech en 1713 aísla del núcleo nacional las colonias sardas. La lengua catalana pierde su carácter de lengua oficial en el Rosellón en el año 1700, en Valencia en 1707, en Mallorca en 1715 y en el Principado en 1716.

El Romanticismo hace volver los ojos con añoranza hacia la época de oro de las letras catalanas a algunos literatos de comienzos del siglo XIX, quienes, si bien eran hondamente catalanes en el espíritu, se manifestaban en español. En 1833, Bonaventura Carles Aribau escribe una Oda a la Patria en catalán, pero no pasa de constituir una manifestación aislada, aun dentro de su propia producción, del amor entre tímido y vergonzoso que sentía por aquella lengua que el mal uso había envilecido y el abandono de las plumas cultas había hecho enmohecer. Tienen que pasar seis años más para que aparezca el hombre que, de una manera consciente y definitiva, se consagra a la tarea de revitalizar la poesía catalana. Este hombre es Joaquim Rubió i Ors. Lentamente, su ejemplo es imitado de una manera progresiva, si bien los literatos de mayor valor todavía se muestran reacios a creer en la vitalidad de la «Renaixença».

Este movimiento renacentista se caracteriza por una marcada tendencia a resucitar lo que tuvo de más relevante la literatura catalana de la Edad Media. Así, se restauran los Juegos Florales, que habían sido instituidos en Barcelona en el año 1393 por el rey Juan I. Con ello se pretendía guardar en un reducto culto a la lengua, puesto que por otro lado se mantenía viva la corriente de literatura vulgar que utilizaba una lengua corrompida y argotizada para hablar a las masas. La obra teatral es el medio

más utilizado para comunicarse con el pueblo y lentamente los sainetes bilingües de Robrenyo dan paso al teatro de mayor calidad de Eduard Vidal i Valenciano y de Frederic Soler (Pitarra), quien en 1866 da a conocer *Les joies de la Roser*, obra que serviría de modelo para el teatro posterior.

De todos modos, sería de los Juegos Florales de donde saldrían las figuras más importantes de la «Renaixença». En pocos años, los poetas acuden al certamen desde todos los rincones de Cataluña, la mayoría de ellos como representación en el estilo de la grandilocuencia vacía del romanticismo español, hasta la llegada de los jóvenes tocados por el «mal du siècle», como Bartrina, Matheu i Apel·les Mestres, que con su admiración por Heine y Leopardi tenían que renovar el aire que se respiraba en los Juegos Florales.

Sin embargo, la mayor fuerza vitalizadora y renovadora de la lengua literaria, tendría que venir del campo. A fines de siglo, se presenta a los Juegos Florales un sacerdote de la comarca de Osona, de la plana de Vic, mossén Jacint Verdaguer. Con una riqueza de lenguaje insólita en la época, Verdaguer marca el hito de donde partirá toda la literatura catalana contemporánea. También Angel Guimerà se consagrará en los Juegos Florales, si bien su mayor aporte a la literatura catalana lo hará en el campo del teatro.

Guimerà y Verdaguer consiguen llegar a todos los núcleos sociales y crean en el pueblo la conciencia del alto valor literario de la lengua catalana, que no solamente puede compararse ya con otras lenguas, sino que orgullosamente triunfa de nuevo en tierras extranjeras al ser traducidas las obras de Verdaguer al español, francés, portugués, provenzal, italiano, alemán y checo. En cuanto al teatro, *Terra baixa* (para citar sólo una de las obras de Guimerà) se representa en español, francés, portugués, italiano, inglés, alemán, sueco, ruso, checo, servio,

holandés y yidish. Los alemanes la convirtieron también en ópera con el nombre de *Tiefland* y en la Ópera de París se representa con el título de *La Catalanne*.

Lentamente, pero con seguridad, la literatura catalana se consolida y de nuevo vuelven a ser cultivados todos los géneros. El siglo XIX termina dejando una serie de nombres que se destacan por cuanto se hicieron eco de la inquietud espiritual de Europa y de las convulsiones de todo tipo que se daban en Cataluña: Santiago Rossinyol, Ignasi Iglesias, en teatro; Narcís Oller, en novela; Joan Maragall, Costa i Llobera, en poesía; Torras i Bages, Frederic Clascar, en la prosa religiosa, moral y filosófica; Joan Alcover, en la oratoria académica; Francesc Cambó y Rovira i Virgili, en la oratoria política, etc. etc.

Y así llegamos al siglo XX.

La crisis de las estructuras políticas de la monarquía, a principios de siglo, llevaron a la burguesía catalana a tomar parte activa en la dirección política de los destinos de Cataluña. Lo primero que se propone la burguesía catalana es materializar el sueño de la Cataluña ideal, vale decir: crear una Cataluña autónoma, liberal, culta y cosmopolita. Era necesario llenar precipitadamente el vacío que, según ellos, había quedado en la cultura catalana, desde el Renacimiento del cuatrocientos hasta su generación. Los programas de acción política quedan claramente expuestos en *La nacionalitat catalana* de Enric Prat de la Riba; las ambiciones estéticas y socioculturales, en el *Glossari*, de Eugeni d'Ors. En primer lugar, era necesario crear una lengua literaria pura y flexible que, catalizando los dialectos existentes, resultara una teórica evolución culta del catalán literario de la Edad Media. Quien realizaría este milagro sería el maestro Pompeu Fabra, con su gramática y su diccionario normativo de la lengua catalana, secundado por las traducciones de los clásicos griegos y latinos, y de los principales autores

modernos rigurosamente realizadas bajo los auspicios del «Institut d'Estudis Catalans» y la «Fundació Bernat Metge», o por empresas editoriales particulares como «Els nostres clàssics», «La Revista», «Biblioteca Catalana» o «A tot vent», donde colaboraban Carles Riba, Josep Carner, Andreu Nin, Marià Manent y un largo etcétera.

En un período relativamente corto, y aprovechando la existencia de un gobierno liberal (raro en España), se constituyó en Cataluña la «Mancomunitat de les Diputacions», bajo cuya acción, se transformaron los métodos de enseñanza, se crearon escuelas, una universidad industrial, una escuela de bibliotecarias, una amplia red de bibliotecas populares, museos, etc., culminando en la creación de la Biblioteca de Catalunya (hoy, Biblioteca Nacional de Catalunya) y de los «Estudis Universitaris Catalans», que eran una auténtica universidad catalana libre.

Durante esta época se valora la poesía por encima de cualquier otro género literario y evidentemente se logra enriquecer y flexibilizar la lengua y colocarla a la altura de cualquier otra lengua moderna. El golpe de Estado del general Primo de Rivera, en el año 1923, abre un período de dictadura, durante el cual, si bien se siguen realizando los ideales políticos y los planes culturales, la muerte de Prat de la Riba y la desertión de Eugeni d'Ors hacia las filas castellanas cercenarían el dinamismo creador de la literatura catalana, que se concentra en una fase de conservación y complementación, hasta la proclamación de la República Catalana, por Francesc Macià, en el año 1931. La República acentuó las conquistas realizadas por la burguesía ilustrada de principios de siglo: la universidad autónoma, la co-oficialidad de la lengua catalana, etc.

Sin embargo, todo el período del 1931 al 36 está marcado por una inestabilidad económico-social y una fuerte tensión

ideológica y, en definitiva, política, que desembocaría en una profunda crisis y, en seguida, en una larga y trágica guerra mal llamada civil.

Año 1939. Todo el ideal de cultura que Cataluña había conseguido materializar en el curso de cuarenta años ha sido arrasado, destruido, convertido en ruinas por las furias desatadas del nazi-fascismo franquista.

El gobierno genocida del generalísimo Francisco Franco dicta leyes y decretos por los cuales se prohíbe la enseñanza de la lengua catalana en todas las escuelas primarias y secundarias; se suprimen las cátedras de lengua catalana, historia de Cataluña y derecho catalán en la Universidad de Barcelona; se prohíbe la publicación de periódicos y revistas en catalán (antes de la guerra se publicaban en catalán 23 diarios y 1400 revistas); se prohíbe el uso del catalán en los tribunales, oficinas públicas y actos públicos, en documentos oficiales, en las relaciones comerciales, en los nombres de personas y calles, etc.; se prohíbe toda manifestación del espíritu nacional catalán (el nombre de Catalunya, el escudo y bandera de Cataluña, el Himno Nacional Catalán, etc.); se restringe en forma severa la publicación de libros catalanes, el teatro, cine y radiodifusión en catalán. De los 300 libros que se publicaban por año antes de la guerra, solamente se permite reeditar libros en catalán antiguo y aun en ediciones de lujo que, por su alto precio, no puedan ser adquiridos por la masa popular.

La literatura catalana entra en un largo período de hibernación. Los escritores catalanes emprenden el camino de la diáspora, unos hacia el exilio exterior; otros, hacia el exilio interior, en la propia patria. Cierto es que se producen deserciones, pero los más permanecen fieles a la lengua, y, con una extraordinaria voluntad de sobrevivir y de fe en el futuro, lentamente comienzan a reconstruir sobre las ruinas los

basamentos que tendrán que soportar una nueva etapa de la literatura catalana.

En el exterior, predomina la producción poética, que se publica en hojas mecanografiadas al principio, para dar paso luego a la edición de los primeros libros de posguerra. De todos ellos cabe destacar uno que se considera ya clásico: *Les elegies de Bierville*, de Carles Riba, el traductor de la *Odissea* al catalán. Es importante también lo que escriben en ese momento Joan Oliver, Clementina Arderiu y Josep Carner. También se celebran todos los años en el exilio y en distintos países de Europa y América los Juegos Florales de la Lengua Catalana, los que, además de incitar a escribir de nuevo a los escritores del exterior y del interior, sirvieron para internacionalizar el problema de Cataluña, cuya lengua, expulsada de su tierra, camina peregrina por todos los países libres del mundo. Con la publicación de libros y revistas, la celebración de los Juegos Florales, la presentación de denuncias, peticiones y manifiestos ante la UNESCO, ONU y otros organismos internacionales, los catalanes del exilio exterior ayudaron de una manera eficiente a consolidar la literatura catalana actual.

En el interior, los pocos escritores que quedaron también emprendieron el camino hacia una especie de exilio, exilio que consistió, para unos, en una evasión consciente de la realidad circundante. Expresamente ignoraron el desastre, la guerra, como producto de una recia voluntad de permanencia contra el ataque del enemigo. Su actitud cerrada era a la vez una actitud de resistencia. Era necesario preservar la literatura catalana incontaminada y fuera del alcance del virus invasor. La poca esperanza que los sustentaba se alimentaba de aquellas palabras, que tanta importancia habían tenido en otra época parecida, formuladas por Enric Prat de la Riba: «...para los pueblos, el invierno no es la muerte, sino la gestación de una nueva vida».

Esta actitud fue adoptada por los escritores más conocidos de antes de la guerra que permanecieron en el interior y por los que regresaron del exilio al cabo de corto tiempo: Foix, Riba, Manent, etc.

En el mes de mayo de 1946, aparece una revista, en edición privada, casi clandestina: *Ariel*. Esta revista se publicó durante más de dos años y, finalmente, fue prohibida. El equipo de redactores de *Ariel* lo conformaban los escritores jóvenes que compartían el pensamiento y la actitud de los escritores citados. En *Ariel* aparecían citas y fragmentos de obras de autores griegos y latinos como consignas que, por medio de la revista, se transmitían entre los jóvenes que integraban las fuerzas de resistencia.

Paralela a esta actitud, cabe citar la que adoptaron otros escritores, que si bien comparten la voluntad de permanencia, en lugar de disimular la realidad, la encaran y la denuncian. Los primeros se propusieron no traducir en términos literarios el dolor que sentían y cubrieron con sombras su sufrimiento, tal se diría que pretendían presentarse ante el enemigo con una madurez y normalidad cultural como prueba de su pétrea fuerza moral, contra la cual se estrellarían todos los ataques y represiones. En cambio, estos otros escritores mostraron la realidad como factor causante de su tragedia personal, y luego colectiva, y por eso nos ofrecían una visión pesimista, incluso exagerada, de la misma. En esta línea podemos citar a Joan Oliver y Salvador Espriu, entre otros.

Al margen de la producción literaria, los más lúcidos de los intelectuales catalanes consideraron la conveniencia de tomar medidas para que, por lo menos en parte, pudiera suplirse la falta de una enseñanza escolar en lengua catalana. Era necesario salvar la lengua, como lo definiría lúcidamente el poeta Salvador Espriu, al decir en uno de sus poemas: «Hem viscut per a salvar-

vos els mots... («Hemos vivido para salvaros las palabras...»). En forma clandestina, se organizaron cursos de catalán en centros excursionistas y entidades culturales, se dieron conferencias y se convocaron certámenes literarios. Todo este movimiento estaba impregnado del espíritu nacional y una vez más en el curso de la Historia, fueron la lengua y la literatura quienes perpetuaron la esencia y la existencia de la nacionalidad catalana.

Los cambios que se producen en el gobierno español, hacia los años de la década de 1960, son muy leves, pero todas las coyunturas son aprovechadas por los catalanes de conciencia. De tal manera, la edición de libros en catalán aumenta diariamente; se logra mantener la persistencia mensual de una revista de cultura, de interés general, por cierto, la más libre y mejor informada de la Península en aquellos años, que con el nombre de *Serra d'Or* se imprime en la Abadía de Montserrat; se funda *Omnium Cultural*, que gracias al aporte económico de un sector de la burguesía catalana y de un sinnúmero de personas del común, puede instituir concursos literarios con premios importantes y, además, se propone apoyar financieramente todas las manifestaciones de la cultura catalana, sobre todo la formación de maestros de catalán. Como reacción, las acciones del gobierno se endurecen. Si bien no consiguen eliminar la publicación de *Serra d'Or*, a pesar de todos los intentos, logran cerrar las puertas de *Omnium Cultural*, que seguirá funcionando desde París. Con respecto a la enseñanza en lengua catalana y a permitir su acceso a los medios de comunicación de masas --cine, radio, televisión, diarios--, el gobierno se mantiene inflexible, lo cual, agravado por una inmigración incontrolada, cuando no fomentada desde el propio gobierno, de todas las partes de España hacia los Países Catalanes de miles de personas de habla española, limita el optimismo que otras victorias de la resistencia pudiera haber despertado en el ánimo de los catalanes. Este proceso de

resistencia culminó, en un plano más político, en la creación de la Asamblea de Catalunya, en 1971, organización de amplio espectro con objetivos comunes mínimos: Amnistía, Libertad y Estatuto de Autonomía. Con la muerte del general Franco en 1975, se abrió un nuevo período histórico: celebradas las primeras elecciones en 1977, se restableció provisionalmente la Generalitat, presidida por Josep Tarradellas. Una vez sancionada la nueva Constitución Española, en 1978, se aprueba el Estatuto de Autonomía en 1979, i se celebran las elecciones del Parlamento de Cataluña en 1980.

Aunque todo lo anterior puede parecer favorable, en los hechos no lo es tanto. En esta ocasión, el Estado español estableció un nuevo ordenamiento gubernativo: el Estado de las Autonomías, de tal manera que, en vez de dar reconocimiento a las naciones históricas, convirtió en regiones autónomas a las antiguas provincias, o sea que, con este sistema, se aguaron las aspiraciones de obtener un autogobierno auténtico, puesto que a pesar de haber conseguido la oficialidad de la lengua, por ejemplo, en la realidad existen dos categorías de idioma oficial: la primera, para la castellana, y la segunda, para la catalana, lo cual crea infinitos problemas en la convivencia de las dos culturas. Por otra parte, se ha cercenado la virtual unidad de los Países Catalanes.

Esta nueva situación, por supuesto, influye en el desarrollo actual de la literatura catalana. Si bien, después de más de una década de normalización lingüística, se ha formado un público conocedor de la lengua desde la escuela, de modo que sabe escribir y leer en catalán en mucho mayor medida que las generaciones anteriores, en los centros urbanos, sobre todo, este público, en el uso cotidiano de la lengua, se expresa mayoritariamente en castellano. Y, de manera similar, tiende a consumir literatura, prensa, televisión, radio, cine y teatro, en

esa lengua, en detrimento de la catalana, lo cual no ocurriría si tuviéramos un Estado propio.

En la otra cara de la moneda, tenemos que reconocer que, la creación de organismos como la Institució de les Lletres Catalanes, y el apoyo brindado por el gobierno autónomo de la Generalitat a otras instituciones como l'Institut d'Estudis Catalans; el establecimiento de premios literarios con dotaciones importantes en metálico, y otras medidas similares, ha dado como resultado que, frente a los 300 libros editados por año con anterioridad a la guerra civil, se haya llegado a superar el millar de títulos, entre originales y traducciones, y a contar con una nómina increíble de autores vivientes que publican o han publicado por lo menos un libro de literatura de creación. Por otra parte, los autores catalanes son traducidos a otras lenguas cada vez en mayor medida. Se cultivan, además, todos los géneros, de manera preponderante la novela, tal como sucedía en los albores de nuestra literatura. Entre los novelistas y narradores más destacados, podríamos nombrar a Manuel de Pedrolo, Quim Monzó, Montserrat Roig, Joaquim Carbó, Isabel-Clara Simó, Antoni Serra, Baltasar Porcel, Maria Barbal, Maria Aurèlia Capmany, Pere Calders, Avel·lí Artís i Gener y un larguísimo etcétera; entre los poetas, a Salvador Espriu, Francesc Parcerisas, Miquel Martí i Pol, Gabriel Ferrater, Maria Mercè Roca, Joan Brossa, Josep Palau i Fabre y otro largo etcétera; entre los dramaturgos, a Josep Ma. Benet i Jornet, Ricard Salvat, Sergi Belbel, Jaume Vidal i Alcover, etc.; entre los ensayistas y críticos, a Joan Fuster, Joan Triadú, Joaquim Molas, Josep Ma. Castellet, Enric Jardí, etc.; entre los historiadores y filósofos, a Jaume Vicens i Vives, Josep Ferrater i Mora, Josep Romeu i Figueras, Jordi Carbonell, Martí de Riquer, Josep Miracle, Joan Ainaud de Lasarte, Miquel Tarradell, Miquel Batllori, etc.; entre los filólogos y lingüistas, a Joan Corominas, Francesc Vallverdú,

Francesc de Borja Moll, Manuel Sanchís Guarner, Antoni Badia i Margarit, Enric Guitier, Joan Solà, etc.

Por todo ello, a pesar de los problemas existentes, debemos concluir que la situación actual de la literatura y la lengua catalanas es relativamente auspiciosa, puesto que, teniendo en cuenta que somos un pueblo despersonalizado a conciencia desde hace siglos y, en cambio, en proceso de recuperación nacional desde hace sólo unos días, por así decirlo, debemos concluir que es casi milagroso que nuestra nación y nuestra cultura sobrevivan.

Después de la caída del muro de Berlín, la Historia ha tomado otro rumbo, con el resurgimiento del espíritu de las pequeñas naciones sin Estado propio, lo cual sin duda habrá de desembocar en el reconocimiento de las culturas de ámbito reducido, así como de la identidad de esos pueblos que, como el nuestro, guardan riquezas literarias centenarias, todo ello encaminado a contrarrestar el avance de la masificación de la cultura, a través de los nuevos medios de comunicación de masas, desde los países centrales. El historiador catalán Jaume Vicens i Vives decía que Cataluña llevaba 250 años golpeando a las puertas de la Historia. Pues bien, Cataluña sigue golpeando, decidida a entrar en esa nueva etapa como una nación más, con Estado propio, en el destino histórico de Europa y del mundo.

Arb 1025
(23)

